

**Filosofía y nazismo. Una reflexión sobre la teoría de Heidegger y su vínculo con el nacional-socialismo**

**Philosophy and Nazism. A reflection on Heidegger's theory and his link with National Socialism**

*Carlos Humberto Contreras Tetzobua*<sup>1</sup>  
UAEM-Morelos

**Resumen:** Este artículo analiza el vínculo que hubo entre la teoría de Heidegger y su vinculación con el nazismo. Primero, analiza algunos aspectos fundamentales sobre el contexto de Heidegger. Luego, examina algunas características esenciales del pensamiento heideggeriano. Finalmente, profundiza sobre la unión que existió entre la filosofía de Heidegger y el nazismo.

**Palabras clave:** anti-modernidad, *da-sein*, tradición, fascismo, Hitler.

**Abstract:** This article analyzes the link between Heidegger's theory and its connection with Nazism. First, he analyzes some fundamental aspects of Heidegger's context. Then, he examines some essential characteristics of Heideggerian thought. Finally, it delves into the union that existed between Heidegger's philosophy and Nazism.

**Keywords:** anti-modernity, *da-sein*, tradition, fascism, Hitler.

---

<sup>1</sup> Licenciado en Filosofía y Maestro en Humanidades por el Instituto de Investigación en Humanidades y Ciencias Sociales de la UAEM-Morelos.

La influencia y el interés del pensamiento de Heidegger se mantienen hasta nuestros días, así como cierta incomodidad. Dicha incomodidad proviene sobre todo del vínculo que el maestro de la Selva Negra mantuvo con el Tercer Reich. Con la publicación de los *Cuadernos negros*, en los cuales Heidegger manifestó su devoción por la causa nazi, así como con el libro de Emmanuel Faye *Heidegger. La introducción del nazismo en la filosofía*, tal fastidio se conserva. No obstante, más allá de dicha incomodidad, lo que se necesita hacer es estudiar a Heidegger y analizar cómo su teoría se une al nazismo. Este ensayo busca analizar cómo es que se dio tal vínculo entre la teoría de Heidegger y su apoyo al régimen de Hitler. Es urgente hacerlo, pues Heidegger sigue siendo una de las grandes referencias a la hora de criticar a la modernidad.

### 1. Los orígenes de Heidegger

Al revisar la filosofía de Heidegger se hace imperante el preguntarse por sus orígenes. Su filosofía tenía mucho que ver con el espacio y las relaciones entre los individuos, las cuales preexisten al sujeto y lo hacen posible, y por eso hay que decir algo sobre ciertos determinantes esenciales a la hora de preguntarse por Heidegger. Su obra más conocida: *Ser y tiempo*, fue publicada apenas ocho años después de terminada la Primera Guerra Mundial, durante la época de la desaparición del Imperio Alemán y la instauración de la República de Weimar:

Los duros tiempos de la primera Guerra Mundial imperialista, tan llena de bruscos bandazos del destino, y el periodo de sus consecuencias, trajeron consigo un poderoso cambio del estado de espíritu. (...) El mundo no era ya un gran escenario lleno de cambios y mudanzas, en el que el Yo, cambiando a cada paso de ropaje y moviendo a su antojo el decorado y la tramoya, representara sus propias tragedias y comedias interiores. Aquel mundo se había trocado en un campo de ruinas (Lukács, 1959, p. 398).

Gran parte de Europa se encontraba en ruinas y varios conflictos de clase y de nación iban barriendo y destruyendo las estructuras anquilosadas del viejo orden, y el nuevo orden no se terminaba de formar, al contrario se mostraba frágil. El campo de la filosofía no pudo ser indiferente a tal cambio de estructuras políticas y económicas, y tales cambios bruscos afectaron en gran medida lo que la filosofía tenía que decir. De hecho, ya antes de Heidegger había otros pensadores alemanes como Spencer, que también hablaban de la existencia y la angustia.

La filosofía moderna operaba a partir de un sujeto, el cual independientemente de sus diferencias, analizaba al mundo, se desplazaba sin problemas en medio de éste, y lo sometía a su arbitrio. Pero tras las catástrofes que se venían presentando, ese sujeto filosófico sufrió varias modificaciones:

(...) el mundo social comenzaba a infundir temor a este subjetivismo; el mundo que estos subjetivistas se permitían criticar a todas horas, pero que era la base inexcusable de su existencia, amenazaba con hundirse por todas partes. (...) en medio de ese páramo, se alzaba el individuo solitario lleno de angustia y miedo (Lukács, 1959, p. 398).

Tal sujeto ya no se sentía cómodo en ese mundo, pues ese mundo ya había desaparecido, y el nuevo parecía más un campo minado que un lugar plácido desde el cual reflexionar. Tal sujeto, si bien seguía existiendo, era un sujeto aterrorizado, traumatizado y lleno de angustia. Toda comodidad que hubiera podido tener se había esfumado. Así pues, reflexionar como lo habían hecho anteriores filósofos resultaba irrisorio. Lo que requería la filosofía en ese momento era pensar a partir de un mundo hecho pedazos, lo cual también resulta difícil, puesto que la filosofía depende de cierta coherencia lógica y ontológica, y precisamente era de lo que el mundo carecía. En ese escenario no es raro que varios intelectuales vieran en el *Volk* alemán el medio para la salvación del ser frente a la devastación del desalmado progreso occidental.

Lo que había era una Alemania y una Europa destrozadas desde sus cimientos materiales y metafísicos, y es en ese mundo en el que Heidegger escribe *Ser y tiempo*. Entre otras características de ese mundo, tenemos las siguientes:

en el campo universitario (...) en esta institución de enseñanza se había instalado una rancia y algo decadente oligarquía académica, en buena parte repetitiva y falta de aliento renovador, ausente de lo que acontecía en el campo político, cultural y artístico. En el campo filosófico reinaba un neokantismo teórico, sostenido por profesores reconocidos, como en el caso de un E. Cassirer o de la Escuela de Marburg, con Hermann Cohen, que tenían la hegemonía del discurso (Dussel, 2009, p. 94).

Es decir, el mundo de la filosofía universitaria también estaba minado, y urgía una filosofía que realmente se hiciera cargo de los problemas que estaban arrasando con ese mundo. Heidegger quiso alejarse de filosofías como las ya mencionadas, pues éstas en general son: “carente[s] de sangre y de vida” (Huerta, 2018, p. 104). Ahí es cuando se pone en juego la importancia de entender de dónde surgió Heidegger: “(...) procedente de una humilde familia popular suava,

de un medio católico, que apreciaba lo popular campesino de la Selva Negra, que como los románticos se oponía a la modernidad, y como conservador «desde el pasado» (Dussel, 2009, p. 94-95). Frente a la filosofía oficial, rancia, abstracta y sin peso en la agitada vida social de la Europa de esos años, surgió la filosofía de Heidegger, una filosofía de origen popular y rural, en la que sobre todo surge la pregunta sobre los orígenes de Europa, la cual –al mismo tiempo– duda sobre la modernidad, y frente a ella contrapone los valores del campo y de lo orgánico como el camino a seguir.

Lo que se encuentra en la filosofía de Heidegger es una de las críticas más reputadas que sobre la modernidad se hayan hecho. Una crítica que todavía se analiza con fuerza, y que además sigue influyendo a distintos pensadores. No obstante, como bien se señala, es una crítica romántica y conservadora contra la modernidad, en la cual la tradición busca mostrarse como superior a lo moderno. Como dice Bolívar Echeverría, en la filosofía de Heidegger lo que existe es un enfrentamiento: “entre la Alemania ‘moderna y diletante’ de la ciudad y la Alemania ‘arcaica y profunda’ del campo” (Echeverría, 1997, p. 85).

Así pues, el rechazo de Heidegger a la ciudad, a las filosofías del sujeto, pero también a todo lo que fuera moderno, terminó por formar su pensamiento. Sus críticas a la técnica y a la época de la imagen del mundo son desde una visión orgánica de la vida, donde lo que pide Heidegger es un pensamiento que esté a la altura de las circunstancias de la técnica moderna y su esencia. Por desgracia, las mismas influencias de Heidegger fueron las que le llevaron a ser un partidario del nazismo, entendido como ese movimiento político que estaba a la altura de la técnica moderna. De esa forma, aquello que alababa Heidegger, a saber: “(...) la Alemania campesina y pueblerina, artesanal y estudiosa, ocultaba a duras penas su lado tenebroso y destructivo” (Echeverría, 1997, p. 86), se da la mano como solución a la técnica moderna con lo más tenebroso y destructivo de la Alemania de ese entonces. Para comprender un poco más sobre eso, es necesario volver la mirada a la filosofía de Heidegger.

## **2. La filosofía de Heidegger**

Entre las razones por las que Heidegger es un filósofo con una enorme influencia, es porque se preguntó por el sentido de la existencia, poniendo a ésta como parte fundamental de la filosofía, pues sin existencia no hay vida, y sin vida no puede haber filosofía:

Preferencia óntico-ontológica: el existir es la condición de la posibilidad de todas las ontologías, pues sólo el existir es ontológico y si no existiese no habrían tampoco ontologías. El conocimiento del existir es pues ónticamente necesario como condición fáctica de las ontologías y también ontológicamente, pues sólo con su conocimiento se obtienen las características de la condición ontológica de las ontologías (Wagner, 1939, p. 44).

El problema de la filosofía, para Heidegger, radica en que menospreció a la metafísica y, en cambio, prefirió a la epistemología, por lo que la filosofía de Heidegger busca regresar a las reflexiones metafísicas, entendiendo que es la existencia la que posibilita no solo la vida, sino principalmente a la filosofía. Antes que preguntarse por el conocimiento, o saber si algo es realmente lo que dice ser, hay que preguntarse por la existencia, ¿por qué hay algo en lugar de nada? Es por eso que para Heidegger el problema de la metafísica radica en:

el problema de la cimentación de la Metafísica [el cual] tiene su raíz en la pregunta acerca de la comprensión ontológica como finitud existente. Esta pregunta que no es otra que la pregunta por el existir trae consigo la necesidad del análisis de lo que es este ente. La fundamentación de la Metafísica se basa en la Metafísica del existir (Wagner, 1939, p. 50).

En este punto cabe preguntarse lo siguiente: ¿por qué Heidegger se obsesionó con la existencia?, y es que a pesar de que Heidegger difícilmente habla desde enfoques sociológicos o históricos, lo cierto es que su filosofía es reflejo del mundo hecho pedazos tras la Primera Guerra Mundial. Es un mundo que da pánico, un mundo sobre el que urge encontrar algo estable. Ya que el sujeto se ha mostrado como algo débil y que además es incapaz de moverse entre las ruinas, Heidegger decide buscar otra figura para razonar sobre el mundo, algo que no sea el sujeto. En su teoría lo que encontramos es un nuevo tipo de ontología donde: “El estar-en-el-mundo en cuanto ocupación tiene tanto óntica como ontológicamente la primacía.” (Heidegger, 2018, p. 67). Pero para llegar a ese punto fue preciso que Heidegger se cuestionase aspectos sobre su origen, que se cuestione aquello que hace posible a la filosofía, su pregunta fundamental: “la filosofía ha preguntado siempre por el fundamento del ente. Con esta pregunta se inició y en esta pregunta se encontrará su término” (Heidegger, 2001, p. 31). Heidegger se hizo tal pregunta porque se dio cuenta de que:

somos seres humanos únicamente porque estamos prácticamente ligados unos a otros y al mundo material, y porque estas relaciones más que accidentales en nuestra vida son constitutivas de la misma (...) Emergemos como sujetos del

interior de una realidad que nunca podemos objetivar completamente (...) abarca al sujeto y al objeto (...) (Eagleton, 2004, p. 81).

Para Heidegger, el sujeto y el objeto están juntos y no separados. El sujeto abstracto es resultado del pensamiento moderno, pero tal pensamiento ya se había agotado, por lo que urgía regresar a la reflexión sobre los orígenes de la filosofía, unos orígenes donde tal separación entre sujeto y objeto no existían. A esa nueva figura Heidegger la llamó *da-sein*. El *da-sein* abarcaba al sujeto y al objeto, y su modo de operar tiene en cuenta al mundo como algo que hace posible al sujeto y no al revés. Heidegger le devolvió al ser su importancia y despojó al sujeto de la importancia que la filosofía le había dado desde inicios de la modernidad. Para Heidegger (2004):

La existencia humana es un dialogo con el mundo. Escuchar es una actividad más reverente que hablar. El conocimiento humano siempre parte de lo que Heidegger llama “precomprensión” (...) un sinnúmero de suposiciones tácticas espigadas en los lazos prácticos que nos ligan con el mundo (p. 82).

Así pues, lo que es importante para Heidegger son esos lazos con el mundo sobre los cuales se mueve el sujeto. Esos lazos con el mundo son el trabajo de un campesino en la tierra, pero también podría ser el de un carpintero, es decir, son todas las actividades prácticas con las que los humanos conviven con el mundo. Entre tales lazos también encontramos el lenguaje, el cual tiene las palabras con las que comprendemos al mundo, pero que además nos vuelven humanos: “(...) el lenguaje tiene una existencia propia de la cual los seres humanos llegan a participar y, exclusivamente debido a esta participación, llegan a ser seres humanos. El lenguaje siempre pre-existe con relación en el sujeto individual” (Heidegger, 2004, p. 83). El sujeto vive del mundo y no al revés, y por eso:

La racionalidad del Siglo de las Luces (...) debe ceder su lugar a un humilde acto de escuchar el lenguaje de los astros, cielos y bosques (...) El Hombre debe “abrir paso” al ser y para ello debe entregarse; debe volverse hacia la tierra, madre inagotable y fuente primaria de todo conocimiento (Heidegger, 2004, p. 83).

El sujeto es frágil e incapaz de moverse entre los escombros. La modernidad se ha mostrado inconsistente y autodestructiva, y por eso mismo sus presupuestos ontológicos deben ser puestos en duda. El hecho es que Heidegger creyó encontrar la solución a la modernidad en la tierra, en los bosques, pero sobre todo reduciendo al sujeto moderno e ilustrado a una actitud

de escuchar antes que de mandar, lo cual no es poca cosa, pues considera que el sujeto debería aprender antes que pretender enseñar.

El sujeto se encontraba en un campo destruido, por lo cual la única base fuerte que encontró Heidegger fue el *da-sein*, el cual, sin embargo, “(...) en cuanto estar-en-el-mundo, es ‘miedoso’” (Heidegger, 2018, p. 146). Tiene miedo de lo que está sucediendo en ese mundo, y sobre todo, porque siente que su peso es nulo en medio de lo que está ocurriendo. Es en un mundo en ruinas desde donde se cuestionan los fundamentos del mundo, y: “(...) debemos entender la muerte y la angustia desde la principal meta de *Ser y tiempo*: la pregunta por el sentido del Ser” (Belgrano, 2018, p. 43). Para poder responder a la pregunta por el sentido del ser, hay que cuestionarse sobre la muerte y la angustia, pues sólo la muerte y la angustia nos hace preguntarnos sobre aquello que nos sostiene:

(...) la angustia nos pone fuera de todo lugar, sin morada. (...) La angustia es la experiencia de pérdida de fundamento de aquello que constituye el sentido, lo estable, lo regular, lo racional, lo obvio. Es, en definitiva, la experiencia de lo inhóspito (Belgrano, 2018, p. 47).

Sólo aquellos que tienen angustia se cuestionan sobre los fundamentos del ser y tienen necesidad de buscar tales fundamentos para así salir de ese estado de angustia y desesperación. La pregunta por el ser surge para salir de la crisis metafísica y política que se está viviendo, y sobre todo para encontrar nuevos fundamentos sólidos sobre los cuales se sostendrá la sociedad. El que Heidegger haya encontrado esos fundamentos en el nazismo es un tema que abordaremos más adelante. No obstante, de momento es evidente que en *Ser y tiempo* nos encontramos con que:

El dilema humano estaba arraigado en condiciones existenciales suprahistóricas. Un giro hacia el interior entre los pocos de la élite que pudieron escapar a la vulgaridad de la existencia carente de autenticidad era el mensaje de *Sein und Zeit*. La esfera pública y la política democrática no tenían ninguna contribución que hacer a la realización de la autenticidad. La democracia era un síntoma de declinación (Herf, 1993, p. 238).

Es del todo visible que el tema de la angustia, así como el de la autenticidad, es de los más recurrentes en Heidegger, y cuando se habla de angustia parece que habla más de una cuestión subjetiva que de algo que se salga de lo meramente subjetivo, y eso le hará decir a Lukács que: “El método de Heidegger es radicalmente subjetivista: sus descripciones versan exclusivamente sobre los reflejos anímicos de la realidad económica-social.” (Lukács, 1959, p. 406). Con el *da-*

*sein* Heidegger quiere salir de la estrechez de las filosofías del sujeto, pues su pretensión es criticar a la modernidad y encontrar nuevos fundamentos. Sin embargo, al seguir hablando desde la angustia y el miedo, más parece que habla del individuo temeroso que sobrevivió a la Primera Guerra Mundial, y que tiene miedo de lo que ocurre en el plano social de la Alemania de ese entonces. Por eso es que para Lukács:

(...) lo que Heidegger llama fenomenología y ontología no es, en realidad, otra cosa que una descripción antropológica de la existencia humana con tendencias abstractas hacia el mito, lo que en sus descripciones fenomenológicas concretas se convierte insensiblemente en una pintura (Lukács, 1959, p. 405).

Así pues, a pesar de que Heidegger fue muy crítico con la cuestión del sujeto en la filosofía, pareciera que sigue pensando a partir del sujeto. De hecho, su filosofía buscó de alguna forma u otra encontrar un nuevo fundamento para ese sujeto, no sólo en el bosque o en el campo, sino en todo un nuevo orden político que fuera lo suficientemente fuerte como para servir de base a la desenfrenada técnica moderna. La importancia de Heidegger radica en que se preguntó por las razones de ser de la metafísica, y afirmó que:

La pregunta que caracterizamos como la primera en la jerarquía: «¿por qué es el ente y no más bien la nada?» es por tanto la pregunta metafísica fundamental. La metafísica es el nombre que reciben el centro determinante y el núcleo de toda filosofía (Heidegger, 2001, p. 25).

Heidegger nombra a la metafísica el centro determinante, el núcleo de toda filosofía. Ese centro determinante es el que hace que las cosas sean y sin él las cosas simplemente no pueden ser. No obstante a la hora de leer lo que es el centro, para Heidegger llegan demasiados interrogantes y dudas, los cuales nos acercan a la cuestión de su compromiso nazi. De momento es interesante el observar como:

*Sein und Zeit* presentaba una visión del sujeto individual no muy diferente de la de Jünger o Spengler. El propio Heidegger no encontraba particularmente largo o tortuoso el camino que conduce de las profundidades de la alienación, el aislamiento y la angustia más extremas a las comodidades de la nueva *Volks-gemeinschaft* reintegrada. *Sein und Zeit* no conducía inevitablemente al discurso inaugural, pero el nazismo de Heidegger estaba latente en esa obra (Herf, 1993, p. 238).

Contra la alienación así como contra el *Das Man*, pero sobre todo para luchar contra la angustia existencial, Heidegger se preguntó por el sentido de la existencia en un mundo en constante

crisis, y que para colmo se encontraba más dominado por la tecnología. Y como bien dice Herf, hacerse esas preguntas no tienen en sí nada de fascista, pero es evidente que la solución escogida por Heidegger sí que conducía al fascismo.

### 3. ¿Una metafísica nazi?

El centro para Heidegger ya no era el sujeto, en su búsqueda de un nuevo fundamento buscó algo nuevo y vio en la tierra y el campo tal nuevo fundamento, el cual si bien era importante, no era lo suficientemente fuerte. Lo que le preocupó a Heidegger fue el estado tan deplorable en el que se encontraba Alemania. La república de Weimar era débil, y además Heidegger al ser un conservador desconfiaba de la democracia parlamentaria, y de todo lo que fuera modernidad, por lo que urgía regresar a la esencia y a la pregunta por el ser:

como sugería Heidegger, la cultura occidental se había estado alejando de sus grandes principios griegos, el nacionalsocialismo representaba el retorno a la esencia del ser, retorno que sólo podía ocurrir cuando se pusieran en evidencia los peligros internos y externos del *Volk* alemán (Herf, 1993, p. 239).

El único centro capaz de servir de fundamento a la técnica imparable era una Alemania fuerte que pudiera hacerle frente a las dos potencias que conquistarían Europa y el resto del mundo: Estados Unidos y su capitalismo y la URSS y su bolchevismo:

En Europa (...) se encuentra la gran tenaza que forman Rusia por un lado y Estados Unidos por el otro. Desde el punto de vista metafísico, Rusia y América son lo mismo; en ambas encontramos la desolada furia de la desenfundada técnica y de la excesiva organización del hombre normal. Cuando se haya conquistado técnicamente y explotado económicamente hasta el último rincón del planeta (...) se extenderá la pregunta: ¿para qué?, ¿Hacia dónde?, ¿y luego qué?” (Heidegger, 2001, p. 42-43).

A Heidegger no le interesaban las diferencias ideológicas entre EE.UU. y la URSS, puesto que desde el punto de vista de la pregunta por el ser ambos eran resultado de la modernidad. Heidegger quería una política que estuviese a la altura de la técnica moderna, y ni el capitalismo ni el comunismo tenían la solución frente a ésta. A pesar de sus diferencias ideológicas, ambos eran sinónimo de decadencia, y Heidegger temía tal decadencia pues ésta haría que los pueblos perdieran: “sus últimas fuerzas intelectuales, las únicas que les permitirían ver y apreciar tan sólo como tal esa decadencia” (Heidegger, 2001, p. 43). Tanto el capitalismo como el comunismo partían de la ilustración y su proyecto moderno, y Heidegger estaba en la búsqueda

de una alternativa capaz de hacerle frente a ambas amenazas, las cuales intimidaban a Alemania, particularmente a la Alemania rural de Heidegger, que desde su filosofía era el centro fundamental:

Nos hallamos entre las tenazas. Nuestro pueblo, por encontrarse en el centro, sufre la mayor presión de estas tenazas, por ser el pueblo con más vecinos y por tanto el más metafísico. Pero este pueblo sólo convertiría en destino esta destinación, de la que estamos seguros, cuando encuentre en sí mismo una resonancia para este destino, al comprender de manera creadora su propia tradición (Heidegger, 2001, p. 43).

Aquí Heidegger abiertamente dice que Alemania es el pueblo metafísico por excelencia, pues es el pueblo más amenazado tanto por EE.UU. como por la URSS. Pero en tal amenaza, Heidegger vio una oportunidad en la que Alemania podría enfrentarse a quienes la intimidaban, si se comprendía a sí misma como el centro metafísico, pero sobre todo si recuperaba su tradición en una forma creadora. Es en este punto que se puede observar que la pregunta metafísica de Heidegger es sobre todo política, y sólo una política fuerte podía hacer que Alemania resistiera a los embates que sufría.

La alternativa que Heidegger buscaba la encontró en el nazismo, y particularmente en la obediencia hacia el Führer, así como en una fascinación por la fuerza, la violencia y la lucha. Frente a los valores decadentes de la modernidad, Heidegger se inclinaba por los valores guerreros que el nazismo promocionaba, pues además el nazismo se valía sobre todo del poder de la voluntad, tanto como de la decisión: la crisis del ser exigía ahora decisiones heroicas. El ser se encontraba ahora en extremo dolor y peligro. Sólo los fuertes e íntegros podrían conducir al *Volk* al secreto de su nuevo futuro. La crisis exigía decisión (*Entschlossenheit*) (Herf, 1993, p. 240).

Así como Heidegger prefería el acto de escuchar lo que la tierra y el bosque tenían que decir, lo mismo tenía que suceder con el Führer, a quien se le debía obediencia absoluta: “El auténtico escuchar que acata nada tiene que ver con los oídos y la boca sino que significa: acatar lo que es el *lóγος*, el estado conjuntado o concentrado del ente mismo. Sólo podemos escuchar verdaderamente, si ya acatamos” (Heidegger, 2001, p. 121). Lo auténtico sólo vendría si el individuo ya veneraba al *logos*.

Acatar es someterse, y quien acata no está en una situación de igualdad frente a quien se inclina. Aquí Heidegger se muestra como alguien que admiraba los rangos y las jerarquías, y que frente al bullicio de lugares como la ciudad y sus plazas, así como las calles, prefería las

jerarquías y el orden de ambientes rurales, pero también de ambientes militares, y se vería confirmado cuando afirma: “El logos es una necesidad y en sí mismo emplea la violencia para rechazar la facilidad de palabra y la dispersión” (Heidegger, 2001, p. 158). Frente al desorden de la ciudad, su algarabía y tendencia a la confusión, Heidegger contrapuso los valores del logos, particularmente su violencia y su instauración de un orden con rangos. Es aquí donde parece que para Heidegger, Hitler era ese logos que pondría orden.

Es en este punto que varios podrían preguntarse si no se trata de una interpretación bastante distorsionada de Heidegger, y que otros argumentos se podrían decir al respecto. No obstante, a lo largo de su filosofía se mantiene la fascinación por la fuerza y la violencia, tanto que ve en ambos un camino a la verdad: “Lo verdadero no es asunto de cualquiera sino sólo de los fuertes” (Heidegger, 2001, p. 125). Debemos recordar que para Heidegger la verdad nada tenía que ver con la relación entre la realidad y aspectos cognoscitivos, todo eso es parte de la filosofía del sujeto que Heidegger rechaza. Al buscar el fundamento y hacerse la pregunta por el sentido del ser, Heidegger también busca lo verdadero, y sólo es posible encontrarlo en la fuerza y la violencia. Es ahí cuando Heidegger afirma que la pregunta: “¿qué es el hombre?” debe reformularse en ¿quién es el hombre?” (Heidegger, 2001, p. 133).

La pregunta sobre el hombre debe alejarse de cualquier postura moderna e ilustrada, pues eso sería caer en la decadencia que tanto despreciaba Heidegger. Además, la pregunta de *¿qué es el hombre?* cae dentro de una problemática sobre la universalidad del hombre, lo cual traía sin cuidado a Heidegger. La pregunta debía reformularse por ¿quién es el hombre?, dando a entender con ello que el asunto sobre el hombre no se respondía a partir de la universalidad ilustrada y decadente, sino a partir de un centro capaz de contestar con fuerza a quien le amenazaba.

La pregunta por el hombre sólo se respondía con la guerra y el combate: “sólo en el πόλεμος, en el en-frentamiento distanciador (del ser) se produce la separación entre los dioses y los hombres. Sólo esta lucha (...) hace que los hombres y los dioses surjan en su ser” (Heidegger, 2001, p. 134). Como se sabe, en las guerras hay perdedores y vencedores, y el orden que surge de tal guerra mantiene a unos como dominadores y a los otros como dominados. Alemania había sido la gran perdedora de la Primera Guerra Mundial, y había quedado a merced de los vencedores. La solución de Heidegger era que Alemania se volviera la gran vencedora y dominadora.

Para Heidegger, Alemania sólo sería ese centro dominador si aceptaba seguir al Führer en su política guerrera y temible. Es en ese momento que Heidegger comienza a alabar el poder de la violencia como el camino a seguir por el hombre y su pueblo:

El δεινόν es lo terrible en el sentido de imperar que somete (...) que impone el pánico, la verdadera angustia y también la intimidación (...) aquel que la usa no sólo dispone de ella sino que es violento en la medida en que el empleo de la violencia para él no sólo constituye un rasgo fundamental de su conducta sino de toda su existencia (Heidegger, 2001, p. 134).

Si bien la violencia se manifiesta en los orígenes de cualquier Estado y en la forma en la que éste se mantiene, lo cierto es que también funciona a la hora en que ese Estado emplea la violencia para conseguir recursos o mayores territorios, que fue justo lo que Hitler buscó para Alemania durante la Segunda Guerra Mundial. El militarismo y el paramilitarismo fueron esenciales durante toda la duración del Tercer Reich, y sólo con ellos era como un nuevo orden político favorable a Alemania se podía establecer. Lo que Heidegger pedía era una política acorde a su filosofía, y sólo Hitler y el Tercer Reich podían crear algo nuevo, de fundar algo que fuera el comienzo de otra era para el mundo. Crear algo nuevo es una labor violenta en la que colaboran:

[Los poetas, los sacerdotes, los pensadores, los políticos] (...) son los autores de la acción violenta y emplean la violencia destacando dentro del ser histórico como creadores y hacedores. Al destacarse en el lugar del acontecer histórico llegan a ser (...) ἀπόλις, sin ciudad ni lugar, aislados, pavorosos, sin salidas en medio del ente en su totalidad y, a la vez, sin norma ni límite, sin construcción ni orden, porque los hombres, en cuanto son creadores, tienen que fundar ellos mismos todo esto en cada ocasión (Heidegger, 2001, p. 141)

Puede parecer que tales hombres están fuera de la ley, fuera de lo permitido, pero ya que pretenden fundar algo nuevo, lo cierto es que sólo mediante su acción podrán establecer los nuevos límites y el orden a seguir. Pero para que un orden político estable se presente, primero se tienen que examinar: “los fundamentos y de la fundación original poético-pensante de la existencia histórica de un pueblo” (Heidegger, 2001, p. 151). Y eso es lo que con su filosofía Heidegger hizo, darle un fundamento ontológico al Tercer Reich.

#### 4. Heidegger nazi

Sin lugar a dudas, es motivo de interés y de debate la conexión entre la teoría de un filósofo y su vida, y el caso Heidegger es quizá el más polémico. Y es que, como indica Jeffrey Herf, de por sí *Ser y tiempo* está lleno de:

subjetivismo radical, emocionalismo y lamento antimodernista por el individuo aislado y lleno de angustia podía encontrar una salida a través de la identificación con un sujeto colectivo nacional. El brinco del aislamiento individual del arraigamiento al ser de este nuevo sujeto implicaba una decisión radical y resuelta. Cuando Heidegger pudo conectar el destino de los alemanes con el del ser en general, se allanó su camino hacia el hitlerismo (Herf, 1993, p. 239).

Lo cierto es que hay quienes defienden a Heidegger, e insisten que su obra nada tiene que ver con su vida y sus inclinaciones políticas, y hay quienes insisten en lo contrario, como es el caso de Emmanuel Faye y su obra *Heidegger. La introducción del nazismo en la filosofía*. Ahí, Emmanuel Faye afirma que toda la filosofía heideggeriana está al servicio del Tercer Reich. Una de las citas que usa para afirmarlo es donde Heidegger en un discurso dijo lo siguiente:

El pueblo alemán está ahora encontrando su propia esencia y convirtiéndose en digno de su gran destino. Adolf Hitler, nuestro gran Führer y canciller, ha creado a través de la revolución nacionalsocialista un nuevo Estado que permitirá al pueblo garantizar una duración y una constante en la historia [...] Para cualquier pueblo, la primera garantía de su autenticidad y de su grandeza está en su sangre, en su suelo y en su crecimiento corporal. Si pierde estos bienes o simplemente les deja debilitarse considerablemente, todo esfuerzo de política estatal, todo *savoir-faire* económico y técnico, toda acción espiritual serán nulos y carecerán de valor (Faye, 2018, p. 115).

Así pues, al ignorar al sujeto moderno e ilustrado por el *da-sein*, Heidegger buscó un nuevo fundamento en la sangre y el suelo, y por ende, en el nazismo, por lo que su filosofía en efecto parece el fundamento metafísico del nazismo, y es así que Heidegger pareció un intelectual orgánico del Tercer Reich. Sólo la sangre y el pueblo eran lo auténtico, sólo ellos podían estar a la altura de la técnica moderna, lo demás para Heidegger no contaba. Todo lo que tuviese que ver con ilustración, modernidad y sujeto era decadencia. Faye nos dice:

Heidegger pretendía sustituir un pensamiento como el de Descartes, que toma por centro la conciencia humana o el yo, por la búsqueda de un suelo (Boden) y de un centro o medio (Mitte) que permitan pensar la existencia no como conciencia, sino como ser en el mundo y ser en común. Heidegger relaciona este centro con el

«centro que determina desde lo más profundo toda la existencia, estatal y volklich». El mundo al que la existencia se abre a través de este centro es, precisa Heidegger, el «mundo espiritual de un pueblo», entendido no como «superestructura de una cultura», sino como «el poder de conservación que más profundamente conserva sus fuerzas de la tierra y de la sangre (...) el espíritu heideggeriano está hecho de tierra y de sangre (Faye, 2018, p. 25).

De tierra y de sangre está hecha la crítica de Heidegger a la ilustración y a la modernidad. En la tierra y en la sangre estaba la solución para los problemas materiales y metafísicos de la Alemania de ese entonces. Las ideas de sujeto libre, racional, democrático y burgués debían apartarse para dejar espacio suficiente para el resurgimiento del pueblo alemán y de la raza aria, pero sobre todo debía dejar espacio al Führer y su Estado paramilitar, racista e imperialista. Al rechazar el iluminismo, Heidegger no sólo apoyó un tipo de violencia y terror exacerbado, también hizo que la filosofía retrocediera de la razón al mito. La filosofía es la búsqueda del pensamiento coherente, y se busca tal coherencia para reflexionar sobre temas éticos y/o políticos. Las bases que Heidegger propuso para pensar estaban alejadas de tal coherencia, al contrario, lejos de servir para construir una estabilidad congruente, servían para crear caos, confusión y guerra.

Se debe tener presente que Heidegger reflexionó a partir de un mundo hecho pedazos, y que ese mundo estaba lejos de ser estable tras la Primera Guerra Mundial. En ese mundo hecho trizas, la razón tuvo muy pocos adeptos, y es por eso que muchos como Heidegger buscaron la salvación en el mito, dentro del cual podemos encontrar al fascismo:

El fascismo es un intento desesperado por parte del capitalismo monopolista por abolir contradicciones que han llegado a ser intolerables y, para lograrlo ofrece, entre otras cosas, una historia que encierra una alternativa, que constituye un relato donde los principales personajes son la limpieza de la sangre, el suelo patrio, la raza “auténtica”, la sublimidad de la muerte y de la abnegación, el Reich que durará mil años (Eagleton, 2004, p. 85-86).

En vez de analizar lo que sucede, a partir de reflexiones histórico-sociales, lo que Heidegger hizo fue crear una historia donde mitos como la sangre, la tierra y la raza servían para que los individuos evitaran pensar en lo que realmente importaba, al menos eso argumentaba Georg Lukács, para quien el pensamiento de Heidegger “aparta al hombre de la acción social de las decisiones sociales, situándolo al mismo tiempo en un estado tal de desesperada desorientación y extravío, que estimula hasta el máximo su deslizamiento hacía el activismo reaccionario del hitlerismo” (Lukács, 1959, p. 420-421). Así pues, Heidegger veía el desorden, el caos, la

tecnología imparable, y creó un pensamiento para refugiarse, un pensamiento digno de personas desesperadas que no aceptan los cambios, que temen sobre lo que podría pasar en el futuro. Y tal refugio es tanto más peligroso porque exaltó cuestiones raciales, de sangre, que a final de cuentas tenían como fin un proyecto imperialista y racista.

Es por tales características que el pensamiento de Heidegger es polémico, y existen opiniones encontradas entre quienes piensan a partir de él como Sloterdijk, Vattimo o Gadamer, y quienes exigen que su obra deje de ser enseñada en las facultades de filosofía, como Emmanuel Faye. La polémica se mantiene y la actitud ante Heidegger suele ser ambigua:

Heidegger es tratado con el debido respeto, a menudo encontramos remisiones tácitas a él, como a una autoridad indiscutible; al mismo tiempo una incomodidad (...) nos impide subscribir por completo su posición (...) hay un esfuerzo por distanciarse de Heidegger, mientras que de algún modo se permanece en su camino (...) (Žižek, 2011, p. 17).

El proyecto de la modernidad sigue, sus contradicciones se mantienen y el orden social impuesto por él continúa desarrollándose. Lo cierto es que las personas siguen sintiendo miedo y pesadumbre ante tal desarrollo imparable de la modernidad, y es ahí donde el pensamiento de Heidegger puede ser útil para criticar a la modernidad, y sobre todo para ser un refugio, a pesar de las consecuencias catastróficas que tal pensamiento pueda tener.

## **5. Conclusiones**

El pensamiento de Heidegger es parte de un mundo desarrollándose a pasos agigantados, sin olvidarnos que esos mismos pasos pueden terminar obstaculizados, y haciendo que todo termine en pura desolación. Ante tal desolación, y el hecho de que a pesar de ésta el mundo continúa su desarrollo, habrá quienes se vuelvan críticos del progreso, y entonces pensamientos anti progresistas tendrán muchos partidarios. Si a eso le agregamos las cuestiones del campo y la ciudad, sobre todo el deseo de permanecer en el campo, lo cierto es que dicho pensamiento aumentará en su potencia anti-moderna.

El problema no es que exista la crítica contra la modernidad, es cuanto más necesaria por el simple hecho de que los problemas fruto del desarrollo continúan, y tal progreso en vez de acercarnos a la paz perpetua, más parece llevarnos al fin de toda civilización. Además, la modernidad siempre ha estado llena de contradicciones y de resistencias de todo tipo, dentro de las cuales está el pensamiento de Heidegger.

Se debería ser capaz de comprender que las resistencias contra la modernidad son parte intrínseca de ésta, y que cuando avanza la modernidad es inevitable que las resistencias de tipo anti-moderno, como Heidegger, también. Por otra parte, se mantiene la ambigüedad con respecto a Heidegger, pues en efecto, fue capaz de ver los riesgos de la modernidad, fue capaz de hacernos pensar en los orígenes de la filosofía, y sobre aquello en lo que se debería reflexionar. Gracias a Heidegger podemos: “pensar nuestro estar-en-el-mundo de forma que aparezcan caminos no imaginables en la tradición occidental” (Quintana, 2016, p. 138). Pero no debemos olvidar que lo hizo para justificar a un régimen paramilitar, imperialista y racista. En pocas palabras, de nada sirve oponerse y/o criticar a la modernidad si la solución es tan nefasta como lo que pretende superar.

### Referencias

- Belgrano, M. (2018) “La angustia frente a la muerte. Reflexiones en torno a Ser y Tiempo.” *Revista de filosofía 'Oδός*. Vol. VII (9) pp. 40-55.
- Dussel, E. (2009) *Política de la liberación II*. Madrid. Trotta.
- Eagleton, T. (2004) *Una introducción a la teoría literaria*. FCE. México.
- Echeverría, B. (1997) “Heidegger y el ultranazismo.” En *Las ilusiones de la modernidad*. México. UNAM.
- Faye, E. (2018) *Arendt y Heidegger. El exterminio nazi y la destrucción del pensamiento*. Madrid. Akal.
- Faye, E. (2018) *Heidegger. La introducción del nazismo en la filosofía*. Madrid. Akal.
- Heidegger, M. (2001) *Introducción a la metafísica*. Barcelona. Gedisa.
- Heidegger, M. (2018) *Ser y tiempo*. Madrid. Trotta.
- Herr, J. (1993). *El modernismo reaccionario*. Fondo de Cultura Económica.
- Huerta D, V. (2016) “El idioma de Heidegger.” *Revista de filosofía 'Oδός*. Vol. V (7) pp.100-107.
- Lukács, G. (1959) *El asalto a la razón*. México: FCE.
- Quintana, J. (2018) “Martín Heidegger a cuarenta años de su muerte. Entrevista con el profesor Dr. Ángel Xolocotzi Yáñez.” *Revista de filosofía 'Oδός*. Vol. V (7) pp. 131-138.
- Žižek, S. (2011) *El espinoso sujeto*. Buenos Aires. Paidós.